

zón, que es su matriz; para iluminar los deseos y los actos, promulgándolos y anunciándolos, nos ha sido dada la palabra.

Esa santidad y esa luz se hallan en la palabra que traduce sinceramente la íntima claridad del espíritu que habla: en el suavísimo verbo de la madre que acaricia al fruto de su vientre, en el verbo caluroso de los enamorados que se funden en el ardor del beso, en el verbo ingenuo del rústico que con una sola locución dice repentinamente todo su sentir ante la hermosura de un espectáculo de la naturaleza.

Doble luz tiene la palabra cuando fulge bañada por el sol del arte, en la rima y en la prosa, en el poema y en el discurso; pero sólo del arte, no del artilugio, emana esa luz segunda que robustece la primera, porque el arte verdadero es también naturalidad y no efectismo, verdad y no mentira, salud y no achaque. De aquí la eterna juventud y la eficacia eterna, de las obras de los grandes artistas del lenguaje.

* * *

PERO sucede que a medida que el hombre multiplica la palabra la ofende y deshonra con el abuso; que cuanto más la extiende menos la respeta, y cuanto más la propaga más la adultera. Las prensas tiran todos los días hojas de periódico, hojas de folleto, hojas de libro, millonadas de hojas de papel llenas de palabras gra-

badas... palabras vacías que nada dicen, o que sólo dicen cosas vanas, fútiles y deleznales, cuando no feas, venenosas y repugnantes. Por todas partes se levantan también tribunas, religiosas, políticas y académicas, y se aumenta prodigiosamente el número de «oradores», y también de esas cátedras salen palabras huecas, palabras sin alma, palabras torpes y tóxicas.

De esa balumba de papel impreso y de ese tumulto de gritos oratorios (?) apenas si se saca ni un pensamiento alto, ni un sentimiento hondo, ni una moción eficiente. Los hombres de hoy leen y oyen por entretener los ojos y el oído; pero sin fe, sin veneración y sin amor a la palabra, porque la palabra que hoy se prodiga no tiene crédito, ni es venerable, ni digna de ser apetecida y amada. De sierva del espíritu se ha convertido en instrumento del estómago, de órgano de cultura en máquina de ignorancia, de motor de mejoramiento en lazo y trampa de perversión, de espejo en máscara, de cumbre en sima, de vergel en pantano. La palabra no es ya un ministerio, sino una industria.

¿Hasta qué extremos de atraso y bajeza nos llevará esa prostitución de la palabra?

Porque la humanidad no puede vivir sin la verdadera palabra, que es la «luz del mundo».

MARIANO ARAMBURO

(*Universal*. Habana).

La cultura y los peligros de la especialidad

NO es de ahora la admiración de los pueblos hispanoamericanos ante el desarrollo de la instrucción pública en los Estados Unidos. Sarmiento, tal vez antes que nadie; Hostos, después, —entre otros,—hallaron aquí parte de las inspiraciones que los guiaron en sus campañas pedagógicas.

¿Qué pudieron enseñar los Estados Unidos—desde 1850—a los hombres de nuestra América? Los Estados Unidos representaban, para nosotros, la educación democrática; el principio de la instrucción pública gratuita y obligatoria, o cuando menos al alcance de todos, si bien no lo inventaron ellos, sí lo pusieron en acción eficaz. Representaban, además, métodos objetivos, directos, y aplicaciones prácticas y útiles del conocimiento.

Hoy, en los comienzos del nuevo siglo, iguales lecciones nos dan los Estados Unidos. Pero ya no tienen ellas la importancia de otro tiempo: porque en mayor o menor grado, todas las naciones han adoptado el principio de la educación democrática; porque si

en 1850 eran pocos los países que habían renovado sus métodos pedagógicos, hoy son muchos; y en fin, porque hoy en todas partes la enseñanza, sin hacerse necesariamente *práctica* en el sentido vulgar de la palabra, procura que todo conocimiento adquirido en la escuela se justifique por su utilidad en la vida posterior del individuo.

Hay más. Dentro de los Estados Unidos es preciso distinguir de regiones y de épocas. Aun en 1850, las actividades pedagógicas que atraían la atención de Sarmiento no eran de todo el país: pertenecían sólo al Nordeste, y principalmente a la Nueva Inglaterra. En el Sur, los beneficios de la instrucción raras veces alcanzaban a la gente de color, esclava o libre, o a la blanca pobre (*white trash*): tanto vale decir que la mitad del país,—pues el Oeste todavía estaba punto menos que despoblado,—no creía en el ideal de la educación democrática.

Después de 1865, terminada la Guerra Civil, el Oeste fué poblándose y extendiendo los ideales del Nordeste.

Hubo una excepción, sin embargo: no se trabajó seriamente por adaptar al indio a la civilización anglosajona, y acaso haya sido ventajosa la desidia: el insumiso indígena no ha aprendido a fabricar máquinas, pero ha conservado su cultura autóctona y tradicional, sobre todo su música y sus artes plásticas, hondamente interesantes.

El Sur se ha *modernizado* con más lentitud que el Oeste. La raza negra va educándose despacio, por sus propios esfuerzos y con la ayuda de filántropos de la raza dominante; la instrucción general se extiende. Con todo, el Sur aún no podría servir de modelo a los creyentes en la educación democrática.

Finalmente, la inmigración enorme que ha entrado en el país ha producido desequilibrios en la distribución de la cultura. A pesar de todos los esfuerzos, hay más población escolar que escuelas. La exigua retribución de los servicios del maestro (problema de que se habla todos los días) ha alejado de la enseñanza a muchos hombres y mujeres de aptitudes superiores, y la escasez de maestros resulta alarmante: hay miles de puestos que nadie ocupa, y muchos más encomendados a incompetentes mientras se halla modo de reemplazarlos con aptos. La gravedad de la situación vino a comprenderse durante la guerra, cuando se verificó el censo de los campamentos: según las cifras oficiales, publicadas por el Gobierno de Washington, el 24 por ciento de los soldados no llenaba los requisitos mínimos de instrucción exigidos en las pruebas de examen adoptadas por el ejército. Esos requisitos no siempre se limitaban a la lectura y a la escritura; pero, según cálculos probables, el analfabetismo del ejército pasaba del 15 por ciento,—cifra mucho más alta que las publicadas, año tras año, antes de la Gran Guerra, en las enciclopedias y en los tratados de geografía. En general, la estadística de los pueblos del Norte pecaba de optimismo: en cambio, los cálculos estadísticos latino-americanos pecan a veces de pesimismo, y conozco caso en que uno de nuestros pesimistas atribuyó a su país un 95 por ciento de analfabetos—cosa a todas las luces imposible.

No seremos los hispanoamericanos quienes tengamos el derecho de arrojar la primera piedra a los Estados Unidos por su indebido exceso de analfabetismo. No: a pesar de todas las salvedades y excepciones, uno de los rasgos característicos de este país es, como piensa John Dewey, su culto de la educación, su fe en la cultura para todos. Los hispanoamericanos, devotos de la cultura como hemos sido siempre, todavía tenemos que tomar ejemplo de esta devoción de las gen-